

pos de lucha, el valor guerrero: de ahí vino que el nombre de los conquistadores pasó al idioma para expresar la fuerza, el denuedo, la sinceridad, la rectitud, la libertad, el poderío, todas las cualidades nobles del alma y del cuerpo (1).

Y la superioridad de los conquistadores no solamente era moral, se traducía también en privilegios: la nobleza ha salido de la conquista. Este hecho, durante mucho tiempo oculto en los orígenes oscuros de la historia moderna, se reveló con claridad en el siglo XVIII. El conde de *Boulainvilliers* reclamó para la nobleza los derechos del conquistador: "Nosotros somos, dijo, si no los descendientes directos, al menos los representantes inmediatos de la raza de los vencedores: la tierra de las Galias es nuestra." La fuerza de las armas es la que ha establecido la distinción de nobles y pecheros: "Por efecto de la conquista, los Galos vinieron a ser súbditos, los Francos han sido los verdaderos nobles y los únicos capaces de serlo." El fiero campeón de los Francos trata de usurpación la emancipación de los vencidos, así como los progresos por medio de los cuales se han elevado, contra todo derecho, dice él, a la condición de sus antiguos señores y han invadido todas las dignidades del Estado (2).

El guante arrojado a los pecheros galos fué recogido por los vencedores de la Bastilla, los cuales preguntaron a su vez con qué títulos pretendían los aristócratas mantener al pueblo en la opresión. ¿Es a título de conquistadores? "Enviemos entonces, dijo *Sieyès*, a los bosques de la Franconia a todas esas familias que conservan la loca pretensión de haber salido de la raza de los vencedores y de haber heredado sus derechos de conquista. Nosotros nos consolarémos de ser los descendientes de los Romanos y de los Galos; este origen vale, por lo menos, tanto como el de sucesores de los Sicambros y otros salvajes salidos de los pantanos de la antigua Germania. Y si la conquista da nobleza, nosotros serémos nobles haciéndonos conquistadores a nuestra vez."

Las pasiones de los partidos han exagerado la influencia de la conquista respecto a la división del

(1) THIERRY, *Consideraciones sobre la historia de Francia*, capítulo v.

(2) BOULAINVILLIERS, *Disertación sobre la nobleza francesa*, páginas 39, 53, 148;—*Historia del antiguo gobierno de la Francia*, tomo I, p. 33 y siguientes.

pueblo francés en clases. Verdad es que la nobleza tiene su origen en la conquista; pero ¿es eso decir que se haya formado exclusivamente de conquistadores? Las clases de la sociedad que desempeñaban oficios reales ó que poseían la tierra a título de beneficio durante los primeros siglos, formaron la nobleza más tarde, cuando las funciones y los beneficios se hicieron hereditarios. Y esas clases se componían de Romanos tanto como de Bárbaros. Aparte de esto, entre los hombres libres que pasaron del estado de dependencia al de servidumbre y constituyeron el tercer Estado se encuentran Bárbaros no menos que Galos. La nobleza no data del día después de la victoria; se ha desplegado lentamente desde el siglo V al X; y durante esa larga coexistencia, vencedores y vencidos se habían fundido para formar una nación nueva. Había, en efecto, en esa nación grandísimas diferencias en cuanto al rango, a los derechos y a los privilegios; pero esas diferencias no dependían de la raza; la fusión de las razas precedió a la nobleza, a los siervos y al estado llano. Por esa razón es por la que las diversas clases no formaron más que una nación; si hubiera habido diversidad de origen en aquella división, la Europa hubiera entrado en el régimen de castas. La distinción y los privilegios de las clases no estorbaron el que se estableciese la unidad en las sociedades que procedían de la invasión.

§ III.—El elemento germánico y el elemento romano.

La lucha de vencedores y vencidos no terminó en los campos de batalla, sino que se reprodujo en el apacible terreno de la ciencia. Ciertamente es que la civilización moderna procede de la fusión de la raza germánica con los pueblos que ocupaban el imperio; pero ¿cuál es la importancia relativa de los principios de que eran representantes los Germanos y los Romanos? Esta cuestión sigue dividiendo al mundo sabio. Hagamos, ante todo, constatar la coexistencia de los dos elementos; después trataremos de apreciar su valor respectivo.

Las Galias, la España, la Inglaterra y una parte de la Germania sufrieron el yugo de Roma. Se ha dicho que una invencible unidad marchaba en pos de las legiones; que la civilización romana ha tenido el terrible poder de borrar leyes, costum-

bres, lengua y religión nacionales y de asimilarse completamente sus conquistas (1). El hecho en general es exacto, pero no se le debe exagerar, y sobre todo, no se debe perder de vista que la influencia romana ha sido más poderosa en las ciudades que en los campos. Las ciudades de las Galias, de España y de Inglaterra eran la fiel imagen de las ciudades italianas; el idioma de los vencidos, su derecho, su culto y sus instituciones eran las de los vencedores. En apariencia todo era romano; pero, en realidad, las nacionalidades primitivas sobrenadaron; el genio de los Celtas y el de los Iberos reaparece en los Franceses y en los Españoles. Roma ha sido la institutriz de los Bárbaros, y hay que tener en cuenta que los pueblos, así como los individuos, no se transforman por la educación; que hay caracteres é indoles innatas que se pueden modificar, pero no destruir. Roma ha civilizado más bien que ha absorbido a los pueblos, y esa misión la conservó aún después de la invasión de los Bárbaros.

Los Germanos se esparcieron por toda la Europa, salvo algunas provincias ocupadas por los emperadores de Constantinopla; por eso existe un elemento germánico en todos los pueblos modernos, si bien no en todas partes tiene el mismo poder; domina en Inglaterra, donde la cultura romana no ha dejado más que débiles vestigios; los Francos han dado su nombre a la Francia, pero no es la sangre germánica la que ha formado la nación francesa; la prueba está en el idioma, que, aún cuando tiene muchas raíces alemanas, es completamente céltico y romano, y asimismo la nacionalidad es galo-romana. Marchando hacia el Mediodía, decrece la influencia germánica. La España, más bien que conquistada, fué recorrida por los Bárbaros; apenas habían puesto los Godos en ella los pies, cuando los Árabes se la arrebataron, y los hombres del Mediodía han influido más poderosamente que los del Norte sobre el carácter, las costumbres y la civilización de los Españoles (a). La Italia, azo-

(1) GUIZOT, *Curso de historia*, lección XI.

(a) No participamos en esto de la opinión de Mr. Laurent. Si por civilización y costumbres y carácter quería significar hábitos y modos de vivir, mucho, muchísimo hay de los Árabes y Mauritinos en los nuestros. Hay también no poco en nuestro idioma y en nuestra literatura. Pero lo que verdaderamente imprime carácter a un pueblo—las creencias y la legislación—es gótico-romano: su influencia es visible y decisiva y casi absoluta en el nuestro. El fervor y la duración misma del período de la reconquista produjo una reacción que se marca en nues-

tada más que ninguna otra parte de la Europa por los Germanos, ha dominado a sus vencedores, dándoles su idioma y su genio; y a los ojos de los Italianos todo lo que está del lado acá de los Alpes está siempre contaminado de barbarie.

De esta manera los Bárbaros no han renovado la población del imperio, sino que las poblaciones indígenas sobrevivieron a la invasión como habían sobrevivido a la conquista romana. Los Bárbaros salvaron la Europa de la muerte infundiéndola sangre joven y generosa; pero estaban en número demasiado pequeño para sustituir a la raza indígena. Por otra parte, los Romanos, aunque vencidos, influyeron mucho sobre los vencedores. Pero ¿qué parte tiene cada uno de esos elementos de la civilización moderna en el desarrollo de la humanidad?

Los Germanos tienen, en la esfera de la ciencia, representantes no menos audaces que los rudos conquistadores del imperio. Los germanistas sostienen que todo cuanto se encuentra en nuestra civilización con carácter de grandeza y de belleza proviene de la raza germánica: los Bárbaros son los que salvaron el mundo de la corrupción romana; ellos los que constituyeron la Europa; a ellos debemos nuestras instituciones sociales, nuestra libertad y nuestra vida; por donde quiera que su sangre generosa se difunde, hay progreso y porvenir; allí donde no ha penetrado, hay atonía y muerte (1).

Estas exageraciones han provocado una reacción no menos exagerada.

Los partidarios de la civilización romana lo atribuyen todo a Roma, y deploran la victoria de los Germanos como la desdicha mayor que pudo caer sobre la Europa: "Corrompidos y todo como eran los Romanos, valían mucho más que sus enemigos, pueblos feroces que hubiesen ganado muchísimo en ser subyugados por Roma. Azotes del Occidente, aquellos pueblos no han traído nada bueno a la Europa culta, ni siquiera el espíritu de libertad. Los Germanos, en sus mismos bosques, lejos de complacerse en gozar de una fiera independencia, se apresuraban a someterse a un jefe; el

tros fueros y cartas-pueblas, é imprimió en nuestro carácter y en nuestro modo de ser el sello individualista del genio germánico y los resabios curiales del período romano.—(N. del T.)

(1) GANS, *Misceláneas*, t. II, p. 129.—GUERARD (*La Barbarie de los Francos y la civilización romana*, Bruselas, 1845) ha llevado esta opinión hasta la última exageración.

individuo contraía, de ese modo, obligaciones para con el individuo; la tierra venía á ser dependiente de la tierra. De esas relaciones nació, despues de la conquista, el vasallaje y la feudalidad con sus distinciones degradantes... Los Bárbaros, saliendo de los bosques, ¿qué otra cosa podrían traer más que barbarie? Miétras que ellos dieron la ley, no se conoció ni libertad ni intereses comunales; en vez de una patria produjeron la disolucion general de la sociedad. ¿Cuándo se ha levantado la civilización? Cuando, despues de la larga decadencia que siguió á la invasion, los pueblos rechazaron insensiblemente todo cuanto tenían de germánico: el germanismo es el mal genio de la civilización,, (1).

¿De dónde viene esa grande oposicion de juicios? Háselá atribuido á preocupaciones nacionales de situacion y de clase (2). Esto es cierto en cuanto á algunos escritores; pero la mayor parte de los que toman partido, ya sea por los Romanos ó ya por los Bárbaros, obedecen á un sentimiento más desinteresado; la contienda es ménos de opiniones que de civilizaciones. Hay genios de naturaleza romana, y hay otros más abiertos á las ideas y á los sentimientos del Norte: éstos se complacen en una libertad más ó ménos desordenada, pero potente; aquéllos gustan más del orden y de la regla. En vano se intentaría conciliar esos diversos genios; siempre habrá admiradores exclusivos de la Grecia y de Roma, y la vida germánica tendrá siempre sus partidarios. Lo más que la historia puede hacer es señalar la exageracion y dar lo que es suyo á cada uno de los elementos de la civilización moderna.

Nosotros no hemos disimulado nada de cuanto deletéreo había en la civilización romana; por eso es por lo que sucumbió. Pero ¿quiere eso decir que Roma deba ser maldecida? Roma reasume en sí la antigüedad; sería, pues, toda una edad del género humano la que habría que anatematizar. La antigüedad ha tenido una mision gloriosa; ha preparado el cristianismo, y su tarea no estaba acabada cuando los Bárbaros pusieron fin á la dominacion romana. El espíritu de independencia que les caracteriza era bastante para su existencia semi-sal-

(1) GUERARD, *Política de Irminon*, t. I, p. 193 y sig., 275 y siguientes. Id., en la *Biblioteca de la Escuela de Chartres*, II serie, tomo IV, p. 378.

(2) GUIZOT, *Curso de historia*, lec. VII.

vaje en los bosques de la Germania; pero para formar ciudades, para constituir Estados y gobernarlos, era necesario algo más que faltaba á los hombres del Norte. Y cabalmente porque la sociedad romana poseía ese elemento esencial de la civilización, la idea del derecho y de la unidad, es por lo que sobrevivió á la invasion. Los Bárbaros carecían casi por completo de la facultad de organización, y de ahí que fracasáran casi todas sus tentativas para fundar grandes Estados, concluyendo por concentrarse en pequeñas asociaciones locales, á las que la conquista imprimió el carácter de la feudalidad. Así es que el primer resultado de la invasion fué la anarquía, y el régimen que salió de aquella obra de disolucion fué un gobierno de desigualdad y de subordinacion, el vasallaje feudal. Pero apénas fué establecido ese régimen, la influencia del elemento romano le minó y le destruyó. Roma no conocía esa clasificacion de individuos ligados uno á otro por medio de lazos individuales. Léjos de eso, lo que domina en su gobierno es la idea de la unidad, de una sociedad en la cual todos los ciudadanos son iguales y todos sometidos á la accion soberana del Estado. Esa idea de soberanía fué el instrumento con el cual los legistas atacaron el poderoso edificio de la feudalidad, el cual vino abajo á los golpes de aquéllos, á la vez que por la oposicion de las ciudades que comenzaron la reconstitucion del Estado.

Tal fué la influencia del elemento romano en el orden político. En la esfera intelectual, los beneficios que la antigüedad ha legado al mundo moderno no podrían ser puestos en duda. En la antorcha de la civilización greco-romana es donde se ha encendido el genio de los pueblos europeos, y aquella civilización no ha perecido nunca. Platon y Aristóteles inspiraron á los pensadores cristianos; y cuando la filosofía se emancipó de la tutela de la teología, en los grandes escritores de la Grecia y de Roma fué donde encontró sus guías y modelos. Así, el más bello dón de la Providencia, la libertad del pensamiento, nos viene de la antigüedad. Los Bárbaros estaban inclinados á esa libre actividad de las facultades del alma; pero no la habían cultivado. En cuanto al cristianismo, su accion contenía demasiado el desarrollo de los entendimientos, encadenándolos con los lazos de un dogma inmutable, y hubiese acabado con toda espontaneidad si no hubiera tenido un contrapeso en el

espíritu germánico y en el genio antiguo. El principio de la libertad del pensamiento es un dón de la Grecia que Roma nos ha trasmitido (1).

Pero ¿habrá que echar de ménos la civilización romana? Los panegiristas de Roma olvidan lo que vino á ser la magnífica unidad y la excelente administración que deploran; olvidan que fué Roma agonizante la que llamó á los Bárbaros; que el imperio estaba desierto, la población extenuada y envejecida, el movimiento intelectual en retroceso y el propio cristianismo infestado de la decrepitud universal: era preciso que hubiese grandes vicios en aquella brillante civilización. Efectivamente, la antigüedad entrañaba un germen de muerte; la faltaba el verdadero espíritu de libertad; no apreciaba al hombre como tal, no le reconocía valor sino como ciudadano, y le absorbía en el Estado; el individuo era el medio, el Estado el fin. Y cuando éste se concentró en las manos de un hombre, una monstruosa tiranía pesó sobre la humanidad y la condujo al borde del sepulcro. Desconocida en el interior de las ciudades la personalidad humana, lo estaba aún más en las relaciones de los pueblos. En una palabra, la fuerza era la única ley del mundo antiguo. Los Bárbaros trajeron al mundo moderno el sentimiento enérgico de la independencia, de la importancia y valor del individuo. Bajo la influencia de ese sentimiento, la idea del Estado se modificó; no fué ya el fin, sino el medio de favorecer el desenvolvimiento de la personalidad humana, y este era un principio de vida que reemplazaba al germen de muerte. Nuestras costumbres, nuestras ideas, nuestra civilización, están saturadas de ese espíritu de individualismo de los Germanos. De ahí el punto de honor que hace la dignidad del hombre; de ahí el respeto á la mujer y el lugar que ocupa en la sociedad; de ahí, en fin, el derecho de las naciones, que tienen su personalidad lo mismo que los individuos. Hé aquí los elementos esenciales de nuestra civilización, de que la antigüedad ni siquiera tenía vislumbres (2).

Se acusa á los Bárbaros de haber introducido en la Edad Media la desigualdad y la opresion feudales; es un error. La servidumbre ha precedido á los Bárbaros, y es el régimen que salió de la con-

quista el que ha producido la libertad. Bajo la influencia del feudalismo, la esclavitud romana se trasformó en servidumbre y acabó por desaparecer. El sentimiento de la libertad política tiene su origen en el feudalismo; no se encuentra ni en el clero ni en la ciudadanía de las ciudades romanas. Nuestras constituciones tienen su raíz en el espíritu germánico. El principio de que el rey no puede resolver nada importante sin el concurso de una asamblea deliberante, y el de que el hombre libre no es justiciable más que por sus iguales y no puede ser sujeto al impuesto sino con su consentimiento, nos vienen del régimen feudal (1).

Los admiradores de Roma no tienen en cuenta á los Bárbaros el servicio más grande que han dispensado á la humanidad. La civilización romana era un producto de la dominacion del pueblo rey, y la monarquía universal es la tumba de la humanidad. En lugar de despreciar á los rudos habitantes de la Germania, deberíamos glorificarlos, porque rompieron las cadenas de la Europa. Verdad es que, en su simplicidad, quisieron reconstruir para su provecho el imperio que acababan de desmoronar; pero la naturaleza fué más fuerte que la falsa ambicion de los hombres. La Europa se ha fraccionado en una infinidad de Estados pequeños, cuna de las naciones modernas; y del seno de aquel aparente caos ha salido el edificio de la república cristiana, germen de la futura unidad.

Tal es el papel que Roma y los Bárbaros desempeñan en la marcha de la civilización moderna. También nosotros seríamos exclusivistas, á nuestra vez, si no tuviéramos en cuenta otros elementos que han contribuido á fundar el mundo europeo. La imponente unidad de Roma no debe hacernos olvidar á las naciones vencidas, pero no destruidas, por las legiones; todavía corre por nuestras venas la sangre de los Celtas, nuestros antepasados, y las diversas nacionalidades ostentan la marca de los elementos primitivos que formaron su primer núcleo. Tampoco las virtudes guerreras y el espíritu altivo de los Bárbaros deben hacernos olvidar las humildes virtudes y los beneficios de la religion cristiana. Roma y los Bárbaros no habrían podido establecer un nuevo orden social: la corrupcion que había llevado á la antigüedad al borde de la tum-

(1) GUIZOT, *Curso de historia*, lec. xxx.

(2) Véase la parte séptima de mis *Estudios (La Iglesia y el Feudalismo)*.

(1) THIERRY, aunque poco favorable á los Germanos, lo reconoce (*Consideraciones*, c. 1).

ba hubiera inficionado á los conquistadores del imperio, si no se hubiera opuesto un dique al desbordamiento de sus pasiones, y el mundo habria perecido. El cristianismo moralizó á los Bárbaros; poseía lo que faltaba á los conquistadores del imperio, el genio de la unidad y el sentimiento de la caridad. Pero si el cristianismo era necesario para

levantar á los Bárbaros, éstos, por su parte, fueron un elemento esencial para el desarrollo de la civilizacion moderna. Sin el individualismo germánico, la unidad y la caridad cristiana hubieran llegado al anonadamiento de toda vida individual, á la destruccion de toda libertad.

LIBRO SEGUNDO.

LA UNIDAD BÁRBARA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS BÁRBAROS Y EL IMPERIO.

Cuenta *Jornandes* que Teodosio consiguió llevar á Constantinopla á Atalarico, rey de los Godos, el cual, en su orgullo, habia jurado no poner los piés sobre el suelo romano, y que la ciudad imperial llenó de admiracion al viejo guerrero: "Paseaba sus miradas de un lado á otro; contemplaba con sorpresa, tan pronto la posicion de Constantinopla y los buques que llegaban y salian, como el concurso de pueblos diferentes que se reunian en la capital, no de otro modo que se ven salir las aguas de una fuente por diferentes puntos; pero cuando vió los soldados en orden de batalla, exclamó: No hay que dudarlo, el emperador es un dios en la tierra," (1).

La admiracion que experimentó Atalarico á la vista de la magnificencia de Constantinopla es una imagen de la impresion que hizo el imperio en los Bárbaros. Nadie creeria sino que el desden, la cólera y el odio debían animar á los destructores de Roma, pero no sucedía así: tenían, es verdad, desprecio á la cobardia de los Romanos; pero la

civilizacion antigua, á pesar de la degradacion de las poblaciones, tenía su aspecto de grandiosidad. Lo inmenso del imperio, el orden que se observaba en el gobierno, el lujo y las artes que embellecían la vida llenaban á los Bárbaros de admiracion y de respeto, sintiéndose incapaces de reemplazar el maravilloso edificio del régimen imperial. Aquellos opuestos sentimientos explican la conducta de los Bárbaros. En el primer furor de la invasion, quisieron destruir el nombre romano, que no significaba para ellos más que perfidia y opresion; pero á poco tiempo se doblegaron bajo el poder de la civilizacion que habia reinado tanto tiempo sobre el mundo y cifraron su gloria en restaurar el imperio. Oigamos las confidencias de Ataulfo, sucesor de Alarico:

"Mi ambicion más ardiente, decia él, en el primer momento, fué aniquilar el nombre romano y hacer de toda la extension de los dominios romanos un nuevo imperio que se llamase gótico, de suerte que, para hablar vulgarmente, todo lo que era *Romania* viniese á ser *Gotia*. Pero me convencí pronto de que los Godos eran incapaces de obe-

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 28.